

# De la dimensión social a la dimensión simbólico-identitaria de la integración regional. Aportes del Centro de Estudios de Integración latinoamericana "Manuel Ugarte" de la Universidad Nacional de Lanús, Argentina.

Mara Espasande- Ernesto Dufour<sup>1</sup>

*La futura cultura de América solo podrá florecer en concordancia con los centros que guardan el aroma de los orígenes.*

Manuel Ugarte, 1943

*Nos propusimos averiguar si América Latina es un simple campo geográfico donde conviven veinte Naciones diferentes o si, en realidad, estamos en presencia de una Nación mutilada, con veinte provincias a la deriva, erigidas en Estados más o menos soberanos.*

Jorge A. Ramos, 1968

## 1-Introducción

El presente trabajo da cuenta de la perspectiva epistemológica del Centro de Estudios de Integración Latinoamericana "Manuel Ugarte" de la Universidad Nacional de Lanús (CEIL-UNLa), situada en el conurbano sur de la ciudad de Buenos Aires. Desde dicha perspectiva se desprenden el conjunto de proyectos y actividades realizadas en el CEIL, dos de los cuales se presentan al final de este artículo, el *Atlas Histórico de América Latina y el Caribe. Aportes para la descolonización cultural y pedagógica*<sup>2</sup> y la *Plataforma de contenidos de Nuestra América*<sup>3</sup>.

La Universidad Nacional de Lanús (UNLa) tiene algunas características distintivas respecto de otras casas de estudio dentro del sistema universitario nacional. La UNLa se define como *universidad urbana comprometida* al tomar como motor de la producción de conocimientos los *problemas* concretos de la comunidad. Partir de problemas reales

---

<sup>1</sup> Mara Espasande es Licenciada y Profesora en Historia por la Universidad Nacional de Luján (UNLu). Profesora adjunta del seminario de Pensamiento Nacional y Latinoamericano de la Universidad Nacional de Lanús (Buenos Aires, Argentina) y Directora del Centro de Estudios de Integración Latinoamericana "Manuel Ugarte" de la misma casa de estudios. Ernesto Dufour es Licenciado en Geografía por la Universidad de Buenos Aires (UBA), docente investigador del CEIL "Manuel Ugarte" y del Seminario Pensamiento Nacional y Latinoamericano (UNLa). Realiza su tesis de Doctorado en Geografía sobre la dimensión simbólico-identitaria de la integración latinoamericana en la Universidad de Buenos Aires (UBA) bajo la dirección de Mónica Arroyo. Ambos son docentes del Seminario de Pensamiento Nacional y Latinoamericano de la misma casa de estudios y han coordinado el *Atlas Histórico de América Latina y el Caribe. Aportes para la descolonización pedagógica y cultural*, obra dirigida por Ana Jaramillo y editada por EDUNLA.

<sup>2</sup> Disponible en <http://atlaslatinoamericano.unla.edu.ar/>

<sup>3</sup> Disponible en <http://centrougarte.unla.edu.ar/>

en la producción y enseñanza de conocimientos (que solo en una segunda instancia devienen problemas cognoscitivos) y no desde disciplinas o categorías generales implica el desafío de llevar a la práctica una *agenda compartida* en la cual la currícula es la comunidad. Comunidad entendida en un sentido amplio y multiescalar, que abarca en un movimiento concéntrico tanto al distrito de Lanús y el área metropolitana de Buenos Aires como a la Argentina y América Latina en su conjunto.

Todo lo que hacemos como universidad tiene como foco el territorio -entendido no como mero receptáculo físico sino como instancia vital catalizadora de los conflictos que constituyen lo real- antes que “papers” destinados a congresos especializados. Dentro de este *adn* institucional, la Unidad latinoamericana junto con la Causa Malvinas y la defensa de la Justicia social y los Derechos Humanos constituyen valores fundantes de nuestra Universidad los cuales se encuentran plasmados en su estatuto universitario.

En la UNLa, la producción de conocimientos no apunta a “problematizar textos” sino de *textualizar problemas* con el fin de generar herramientas de intervención que coadyuven a su resolución. El problema real es lo que motoriza las prácticas de producción de conocimiento y no al revés. Se trata de no colocar “el carro por delante del caballo”. En este sentido, la llamada divulgación, extensión o transferencia (términos signados por su inspiración tecnocrática o elitista) son redefinidas bajo la idea de *cooperación* (Jaramillo, 2008). Dichas prácticas dejan de concebirse como tareas tangenciales o secundarias de la labor universitaria y se ubican en un mismo nivel de jerarquía epistémica e institucional respecto de la formación de grado y la investigación en *strictu senso*. Se imbrican desde el momento cero de toda práctica desarrollada en la universidad.

De esta manera, la condición periférica de nuestra universidad (situada en el conurbano sur de Buenos Aires, habitado mayormente por familias trabajadoras cuyos hijo/as constituyen primera generación de universitarios) refiere no solo a una cuestión de tipo sociogeográfico o locacional sino- además- a un posicionamiento epistémico y ético-político de franca ruptura con el formalismo académico y el racionalismo abstracto occidental.

Desde este posicionamiento institucional nos preguntamos ¿cómo producir conocimientos (esto es, proponer horizontes de acción) sobre el problema de la Unidad latinoamericana y los procesos de integración en curso? El planteo requiere, como premisa de trabajo, asumir a *América Latina* como algo más que la sola sumatoria de una veintena de países o mera referencia geográfica sino como *problema* (teórico, político, ontológico) estrechamente ligado a su unidad fundante y el proceso de fragmentación consecuente, conflicto histórico todavía irresuelto.

A comienzos de 2014, la Universidad Nacional de Lanús decidió crear el Centro de Estudios de Integración Latinoamericana "Manuel Ugarte" (CEIL), incorporando entre sus competencias el trabajo de reflexión y seguimiento que el Observatorio Malvinas de esta Universidad venía realizando desde 2009, en torno a la continuidad de la ocupación colonial por parte del Reino Unido de Gran Bretaña sobre los archipiélagos de las Islas Malvinas, las Georgias del Sur, las Sandwich del Sur y sus mares circundantes. Con este punto de partida, las metas del Centro Ugarte no podían ser otras que el estudio y la puesta en cuestión del (neo) colonialismo y su vigencia en la vida cultural, social, económica y política de los pueblos de la región y del continente. El Centro Ugarte

tiene como objetivo promover el conocimiento de los procesos de integración y mestizaje a través de abordajes situados en perspectiva nacional y latinoamericana.

Para ello, se torna necesario como principio de método, remover dos obstáculos epistémicos que impiden pensar la cuestión de la unidad en su complejidad y multidimensionalidad. Por un lado, interpelar las categorías del regionalismo fundadas en la experiencia europea habitualmente asumidas como paradigma a seguir por parte de los proyectos de integración latinoamericana en general y el MERCOSUR en particular. Por otro, superar el “nacionalismo metodológico de patria chica” que ha hegemonizado buena parte de los desarrollos de las ciencias sociales latinoamericanas. Estos abordajes tendieron a naturalizar la “escala doméstica” como unidad de análisis por excelencia y asumir las formaciones nacionales como entidades en buena medida “autoengendradas” de carácter a-histórico, prepolítico y a-espacial, descontextualizadas de la región de la cual surgieron y son parte constitutiva e inmanente.

El planteo implica asumir a la integración latinoamericana no únicamente como la ampliación de los mercados nacionales o desde el diseño de instituciones regionales-procesos, concepciones que otorgan el predominio como sujetos de integración a diplomáticos o actores directamente involucrados (empresas, agencias estatales, redes societales) sino a partir de la experiencia vital de, al decir de Felipe Herrera, las *anchas bases populares* y sus espacios de *solidaridad orgánica* (Santos, 1996), también tematizados desde el concepto de *territorio usado* (Santos, 1994).

En las páginas siguientes compartiremos, sintéticamente, las premisas epistémicas que orientan los proyectos del CEIL-UNLa las cuales proponen el pasaje del “giro social”, propio de la experiencia de integración regional desplegada a inicios del siglo XXI hacia la dimensión simbólico-identitaria de la integración latinoamericana o *giro territorial*, con base en las categorías de la geografía política y cultural y en la revisión histórica del proceso de su formación territorial. Por último, presentaremos dos proyectos desarrollados por el CEIL-UNLa, el *Atlas Histórico de América Latina y el Caribe. Aportes para la descolonización cultural y pedagógica*, publicado por la UNLa en el año 2016 y la *Plataforma de Contenidos del Centro Ugarte*, puesta en línea en año 2018, fundados en el horizonte epistémico aquí presentado.

## 2. La dimensión simbólico-identitaria de la integración regional

La dimensión simbólico-identitaria de la integración latinoamericana constituye una puerta de entrada al análisis poco frecuentada por la literatura académica hegemonizada por los desarrollos teóricos provenientes, principalmente, del campo de las relaciones internacionales. Esta disciplina toma a los procesos de integración regional como objeto primario de estudio tanto en sus enfoques realista como idealista, este último de fuerte matriz liberal y ambos inscriptos en el paradigma del racionalismo occidental. Tal paradigma toma la experiencia de la Unión europea como modelo a seguir por parte de los proyectos de integración regional a lo largo y ancho del mundo con un fuerte carácter prescriptivo. A estos enfoques se le agregan luego los parámetros epistemológicos del constructivismo, autoasumido como un enfoque superador de las tradiciones anteriores.

Estos estudios predominantes oficiaron de marcos de referencia preferencial de las acciones gubernamentales en la instancia regional configurada por los diferentes proyectos integradores latinoamericanos como ALALC, ALADI, Mercosur y CAN. Desde el interior de estos enfoques, se identifican como factores centrales que motorizan la integración -siempre con la experiencia de la Unión europea como telón de fondo- a:

- La necesidad de ampliar los mercados nacionales.
- Y el diseño de instituciones regionales fuertes.

Estas perspectivas de tipo economicista e institucionalista se toparon con dos límites estructurales. Por un lado, las fuertes asimetrías de las distintas economías a integrar y, por otro, la imposibilidad de alcanzar estadios de supranacionalidad que implican la cesión de soberanía por parte de los estados a instancias regionales superiores. Frente a estos constreñimientos duros, las instituciones regionales fueron en la práctica concreta, reducidas a meros organismos intergubernamentales, sin presupuestos significativos ni poder de decisión y con escasa ni incidencia territorial, devinieron meras “sopinhas de letras”, al decir del geógrafo André Martin (1993), sin encarnadura en los millones de ciudadano/as latinoamericano/as de a pie. Por su parte, la perspectiva constructivista entiende que tales obstáculos pueden ser superados a partir de “procesos cognitivos” que incluyen prácticas simbólicas de interacción social que permiten modelar identidades e intereses, tanto en las dirigencias como en el conjunto de las sociedades involucradas en pos de objetivo de construir una “cultura de la integración” que allane el camino de la misma.

En el caso de MERCOSUR, la ampliación de la mirada comercialista e insitucionalista dominante desde 1991 hacia la dimensión social y cultural comienza a configurarse a partir de su “giro social” en el año 2003. La afinidad política de los gobiernos surgidos en los primeros años del siglo, en sintonía con la presión de renovadas demandas sociales, promovió una nueva agenda del Mercosur. A diferencia del periodo precedente, los gobiernos plasmaron en un discurso común la necesidad de profundizar del proceso de integración incorporando las dimensiones social y productiva dentro de un paradigma de desarrollo inclusivo de carácter multidimensional (García Delgado, 2004). Se asumía así una nueva concepción de integración, entendida como un “proyecto catalizador de valores, tradiciones y una instancia de futuro compartido”<sup>4</sup>, con participación activa de la sociedad civil, a la par de una opción estratégica para fortalecer la inserción de la región en el mundo<sup>5</sup>. Sintéticamente, los actores directamente involucrados propusieron a nivel discursivo, una integración cualitativamente diferente a la predominante en la década anterior que apuntaba a revertir las inconsistencias del modelo de gestión inicial en torno a las asimetrías estructurales, la falta de legitimidad política y la escasa participación social. En el plano institucional hubo avances en un intento a superar tales obstáculos. Se promovieron nuevas instituciones y diversas iniciativas con el fin de alcanzar los objetivos estratégicos planteados más allá de la esfera económico-comercial, entre ellas, la propuesta de creación del Parlamento con voto directo y simultáneo, la implementación

---

<sup>4</sup> Artículo 15 del documento firmado por los presidentes Kirchner y Lula, en el Consenso de Buenos Aires, el 16 de octubre del 2003.

<sup>5</sup> Un hecho significativo de la nueva sintonía regional lo marca el rechazo en la cumbre de Mar del Plata del 2005 a las presiones tendientes a imponer el ALCA como eje central del encuentro.

del FOCEM-Fondo para la convergencia estructural del Mercosur- , la reglamentación del protocolo de Olivos para la solución de controversias y la puesta en funcionamiento del Tribunal Permanente de Revisión, la creación del Instituto social del Mercosur, el programa *Somos Mercosur* -una primera política regional de inspiración constructivista - y la formalización de cumbres sociales.

Ahora bien, la afinidad política no fue condición suficiente para la concreción de las propuestas tendientes a la profundización del proceso integrador. Los intentos por un “nuevo MERCOSUR” chocaron con la lógica de la intergubernamentalidad inserta en la estructura institucional heredada y el espíritu comercialista. La constelación de organismos y agencias institucionales generadas, si bien importantes desde el punto de vista de la nueva concepción, poseen un carácter meramente consultivo y, por tanto, mantienen intocado el déficit democrático del proceso de integración que se plasma en la ausencia de representación del rico entramado social y cultural de nuestros países (Vázquez, 2008). En este esquema concentrado en los poderes ejecutivos, las cancillerías mantuvieron un rol predominante en la definición de la agenda del bloque restando, incluso, densidad interministerial a la gestión de los asuntos regionales (Vázquez, 2008).

Las políticas de carácter social e inspiración constructivista desplegadas, como el programa *Somos Mercosur* cuyo objetivo central buscaba la conformación de una identidad ciudadana regional o “mercosureña” (Ferreira, 2006), podrían caracterizarse como insuficientes y poco penetrantes en función del objetivo propuesto al encontrarse constreñidas por el sesgo intergubernamental y comercialista de la institucionalidad creada. Dicho desafío difícilmente pueda generarse a partir de una cultura centrada únicamente en lo económico, tal como el propio nombre del espacio regional creado- MERCOSUR- sobredetermina. Pero tampoco puede generarse desde la sola sintonía política o ideológica que deje de lado -o le otorgue un carácter meramente tangencial- a la dimensión subjetiva e identitaria de los pueblos y sociedades interpeladas por el proceso integrador. La vigencia de la intergubernamentalidad y el énfasis en lo mercantil se encuentran estrechamente consustanciados con una identificación de lo nacional de carácter restringido, entendido de un modo que excluye el sentido de pertenencia a la región.

Este trabajo desarrolla una doble interpelación o revisión crítica de la concepción teórica predominante en la academia en materia de integración latinoamericana signada por su matriz eurocéntrica a partir del horizonte de sentido abierto por la tradición del pensamiento nacional- latinoamericano y el vasto legado de unidad latinoamericana- muy particularmente la obra de Manuel Ugarte<sup>6</sup> - y desde los dispositivos teóricos de la geografía contemporánea en su giro político y cultural. Específicamente, desde la llamada “geografía de los imaginarios” (Lindón- Hiernax, 2012) y el concepto de multi/transterritorialidad (Haesbaert, 2011).

Se trata de fuentes teóricas que permiten problematizar los enfoques predominantes en dos aspectos centrales. Por un lado, tales abordajes dejan de lado las *relaciones de poder real* involucradas en los procesos de integración que operan por detrás y través de los diseños institucionales y, por otro, tienden reducir toda la *complejidad multidimensional* inherente a los procesos de integración -propia de la heteróclita

---

<sup>6</sup> Para conocer la obra de Manuel Ugarte ingresar a <http://centrougarte.unla.edu.ar/#mugarte>

realidad territorial de la que son parte y pretenden incidir- a unas pocas variables de análisis e intervención. Una complejidad territorial que no debe restringirse a la crasa “fisicidad” de la espacialidad involucrada sino en su inmanencia con imaginarios, representaciones, necesidades vitales y sentidos de pertenencia tanto de quienes la habitan y transitan como de aquellos que la toman como objeto de intervención dentro del entramado de intereses expresados en múltiples escalas.

Desde esta perspectiva, los espacios geográficos no solo son plausibles de ser apropiados materialmente sino también simbólica – al estimular ideas y valores- e identitariamente -al formar parte de nuestra estructura de sentimientos y sentidos de pertenencia-. El conjunto vívido de representaciones, identificaciones y sentimientos que los lugares nos inspiran y generan van construyendo –también- los territorios en la medida que condicionan, promueven y/o obturan determinadas acciones a partir y a través de ellos. Una densidad geocultural que, en tanto símbolo, desborda todo territorio y, sin embargo, no puede aprehenderse sino a través de él (Litorales, 2002).

La dimensión simbólico-identitaria de la integración latinoamericana si bien no es desconocida, en alguna medida, aparece como un aspecto tangencial, secundario o epifenoménico respecto de los factores explicativos predominantes antes mencionados. Los aspectos culturales fueron históricamente soslayados conforme a la preeminencia de imperativos políticos y económicos de primer orden. Tales urgencias descansaban en el supuesto que frente a la necesidad de ampliar el mercado y de adquirir mayor poder de negociación en la escena internacional, “lo cultural” aparecía como una cuestión dada, conforme a la herencia colonial compartida y a una misma raíz lingüística y religiosa. La cuestión no representaba un eje nodal a trabajar a nivel programático más allá de la promoción de una mayor difusión de expresiones artísticas o culturales latinoamericanas. Por añadidura, se asumía que dadas ciertas condiciones político-institucionales y materiales la identificación de los pueblos y sociedades con el proceso integrador emergería de manera más o menos espontánea.

Se trata de una cuestión intensamente vivida pero, en alguna medida, mal identificada y poco procesada todavía. Como si la problemática de la integración se agotara en la necesidad de ampliar el mercado o en la ingeniería de los diseños institucionales, o bien, desde otro punto de partida, en la sola “puesta en valor” discursiva del vasto legado cultural de unidad continental. Sin embargo, la dimensión simbólica-identitaria en sentido amplio – entendida como el conjunto de representaciones nacionales y regionales, imaginarios geográficos e identificaciones de base territorial, “lealtades” respecto del sí mismo como del “otro” latinoamericano, ahora a integrar -; cobra centralidad a partir de la plena vigencia de las llamadas por el pensamiento nacional-latinoamericano identidades de *patria chica* configuradas a partir del advenimiento del orden oligárquico desde mediados del siglo XIX, más allá de sus eventuales erosiones, resignificaciones y/o reapropiaciones. De allí derivan modos de concebir “lo regional” como mera plataforma de proyección de particularismos, organizados a escala nacional en sentido restringido. Esto es, excluyentes de “lo americano” como parte constitutiva - o fundante- de la propia formación territorial.

El problema remite a las representaciones y sentidos internalizados respecto de “nuestra propia nación” y de las otras ahora a integrar. Esto es, “ser argentino”, “ser brasileño” ¿incluye “ser latinoamericano?”. Jorge Luis Borges decía, sagaz y cínicamente, que había conocido a muchos peruanos, brasileños y colombianos “pero nunca a un

latinoamericano”. Esto es realmente así en la medida que nadie, o muy pocos, se reconocen como tal. Sentidos de pertenencia internalizados que ofician de marco perceptivo para las prácticas políticas, sociales y culturales en la instancia regional, tendientes tanto a la ratificación de las formaciones territoriales heredadas -esto es, el *status quo* territorial, tal como lo conocemos, que asume a “América Latina” como un mero referente geográfico compuesto por la sumatoria de una treintena de países, a modo de *pacht-work*-; o bien, hacia su reconfiguración en pos de una nueva realidad territorial, directamente vinculada con la emergencia, profundización -o relanzamiento- del proyecto de unidad continental, más allá de esfera comercial o de la cooperación diplomática como comunidad de origen y de destino.

Desde esta perspectiva de nacionalidad restringida o de *patria chica*, la “colisión” de los conjuntos nacionales ampliados puede generar que las notables asimetrías estructurales de sus economías, los diferentes legados históricos de sus sistemas políticos y la multiplicidad y heterogeneidad de las formas socio-culturales cristalizadas sean asumidas como elementos de distanciamiento y fragmentación antes que campos críticos de acción mancomunada. Valgan como ejemplos sintomáticos, el conflicto entre Argentina y Uruguay en torno a la instalación de la planta papelera Botnia, años atrás, el reclamo histórico de Bolivia por el acceso al litoral marítimo, la clásica rivalidad entre Argentina y Chile en recíproca acusación del supuesto “expansionismo trasandino”, las quejas en Brasil ante la nacionalización de la Petrobrás por parte del gobierno de Evo Morales o las, más recientes, amenazas de escalada bélica de Colombia hacia Venezuela, el rechazo de migrantes venezolanos en la frontera con Brasil, o bien las protestas desatadas en la opinión pública argentina ante la propuesta de trasladar a pacientes chilenos con coronavirus a hospitales argentinos<sup>7</sup>, entre muchos otros. Si bien los celos y disputas de patria chica no alcanzan una rivalidad extrema, de tipo hobbesiana, parecen tener la fuerza suficiente para erosionar y despotenciar cualquier intento integrador que vise trascender los parámetros del regionalismo abierto de matriz neoliberal y el vínculo político apenas diplomático y/o intergubernamental.

Llegados a este punto, existen cuestiones a considerar, a modo de precauciones de método. Primero, la identidad no se construye solo a partir de un mayor conocimiento cultural acerca del *otro*, como cree el constructivismo ingenuo. En principio porque “lo simbólico” es expresión eufemística de relaciones de poder (Bourdieu, 1999). *Es un poder subordinado a estructuras de relaciones de fuerza no ya simbólicas sino estrictamente reales* “(...) haciendo esconder la carga de violencia que encierran [las palabras] objetivamente y transformándolas así en poder simbólico, capaz de producir efectos reales sin gasto aparente de energía” (Bourdieu, 1999: 73). Estamos en presencia de la politización de la cultura que aparece no solo como mero ornamento o juego retórico sino como expresión en sí misma de relaciones de poder a través del registro simbólico. El poder como su dimensión constitutiva. No hay proyecto de poder sin lógica cultural y viceversa.

En segundo término, es necesario remarcar la distinción crucial entre cultura e identidad que muchas veces aparecen como equivalentes y no necesariamente lo son. Grimson (2011) entiende cultura como *configuraciones culturales*, por ejemplo “el Tango”, en tanto que refiere a identidad como los *sentidos de pertenencia colectiva*. Personas de

---

<sup>7</sup> Al respecto ver <https://www.ambito.com/mundo/chile/el-polemico-plan-del-diputado-no-que-propone-trasladar-pacientes-coronavirus-argentina-n5110445>

distintos países pueden aprender a bailar tango, pero no por eso sentirse parte de un mismo colectivo. Los sentidos de pertenencia, inescindibles de la condición humana, permiten vislumbrar el pasaje de la concepción de cultura como objeto, práctica o actividad propia del paradigma occidental hacia la cultura *hecha cuerpo*<sup>8</sup>.

En definitiva, ¿es posible concebir algún tipo de unidad política continental sin la emergencia de un *demos latinoamericano*? O lo que es lo mismo, sin un sentido de pertenencia compartido. “Sentido” entendido como algo más que mero significado o argumentación teórica o ideológica sino como la unión fecunda entre el sentir y pensar. El carácter multidimensional de los procesos regionales excede por mucho el rol de las cancillerías, grupos económicos, redes societarias e incluso, la eventual sintonía o antipatía ideológica y personal de los mandatarios y mandatarias de la región o “diplomacia presidencial”, característica del político período precedente. Los indudables avances de los proyectos de UNASUR y MERCOSUR, (ahora dramáticamente obturados y/o desustanciados) no necesariamente derivan en el plano de la estructura de sentimientos o *habitus* de las mayorías latinoamericanas en un sentido de pertenencia compartida. De la misma manera, no es posible alcanzar dicha identificación regional apelando –únicamente– a un latinoamericanismo abstracto de carácter testimonial, lírico o retórico, sin encarnadura en la experiencia vital de millones de latinoamericano/as de a pie.

A partir del planteo se desprende la siguiente premisa ético-política: la eventual profundización o relanzamiento de la integración latinoamericana más allá de la esfera comercial o diplomática en pos de alcanzar mayores umbrales de unificación – o al menos coordinación- política, productiva y cultural debe incluir como fundamento cohesionante el involucramiento activo de las mayorías populares latinoamericanas. Una mirada unificadora, fundada en una fecunda tradición histórica, que surge en la arena y el ensayo político antes que en los ámbitos académicos y sus campos disciplinarios. En definitiva, el sujeto de la integración no puede ser otro más que los pueblos a través de la única entidad dotada de legitimidad soberana, los estados nacionales -no el mercado u otros dispositivos de gobernanza regional-, ahora revitalizados por las urgencias que le impone la actual transfiguración del orden globalitario. Las dramáticas - y lacerantes- disputas en los centros de poder mundial crean las condiciones para su reempoderamiento a través de la reconfiguración de su territorialidad (entendida no en términos normativo-jurisdiccionales sino político-estratégicos y culturales) más allá de sus límites westfalianos.

### 3. Formación estatal, pertenencia territorial y desmembramiento de América Latina.

En América Latina, el pasaje del Estado colonial al Estado-Nación moderno requirió de la creación de una entidad político-cultural-geográfica al momento inexistente, *la*

---

<sup>8</sup> Desde el pensamiento de Rodolfo Kusch en su obra “Geocultura del hombre americano (1976)”, los sentidos de pertenencia pueden asumirse dentro del horizonte del *estar-siendo*. Dice el autor: “Una cultura americana no ha de consistir en ver algún vez un cuadro y decir que ese cuadro es americano. Lo americano no es una cosa. Es simplemente la consecuencia de una profunda decisión por lo americano entendido como un despiadado aquí y ahora y, por ende, un enfrentamiento absoluto consigo mismo” (Kusch, 1976:71).



*nación*, asumida en sentido restringido o de “patria chica” que se superpuso a las realidades territoriales preexistentes. Pero esta superposición no se desplegó sobre “tabula rasa” sino, antes bien en “amalgama áspera” debido a las -en términos del geógrafo Milton Santos (1996)- *rugosidades* propias de las formas espaciales heredadas o materialidad cristalizada de ordenes políticos pretéritos con toda su densidad histórica y cultural. Si bien no existía en América Latina una “identificación regional”, acorde a la terminología actual, existía sí una doble pertenencia con base territorial. Por un lado, el arraigo al lugar próximo, a la ciudad, campaña o provincia y, por otro, un sentimiento americano más amplio y abarcativo, política y culturalmente ligante de realidades regionales diversas y geográficamente distantes. Como destaca Fermín Chávez (2012), en el periodo precedente existía un fuerte sentido comunidad compartida pero expresado a otras escalas. La patria era la “patria americana”, naturalmente imbricada a las identificaciones locales arraigadas. A partir de la consolidación *estatalista* hacia finales del siglo XIX de acuerdo a los parámetros del estado-moderno, se abrió un camino de lucha constante por la cuestión nacional irresuelta donde lo latinoamericano (en contraposición a lo “norte” americano) aparecía como horizonte de sentido para las diversas fuerzas sociales, políticas y culturales que bregaron por quebrar la dependencia semicolonial.

Los estudios académicos recientes sobre el Estado en América Latina permiten romper con la noción naturalizante y su carácter supuestamente universal que le asigna un comportamiento teleológico (es decir, pre-político) o ineluctable fundado en la experiencia europea. La ruptura de la visión jurídico-normativa predominante en el campo académico, constreñida a la formalidad de tipo institucionalista y la reificación del estado que conlleva, posibilita incorporar al análisis dimensiones involucradas en su proceso de formación que fueron soslayadas o invisibilizadas y que dan cuenta de la complejidad sociopolítica y territorial inherente al proceso. Desde esta perspectiva, es posible resaltar que por tras – y a través- de la “forma estado”, con todo su conglomerado burocrático y jurídico-administrativo, lo que opera es la cristalización de un orden político, vale decir, determinaciones de poder “triumfantes” encarnadas en sujetos históricos concretos en pugna con otros proyectos alternativos de ordenamiento de las relaciones sociales, económicas y culturales. “La administración burocrática es la forma más racional de ejercer una dominación” (Weber, 2002: 224).

Este nuevo orden requirió como condición de realización la fragmentación del vasto territorio (latino) americano cuya unidad se forjó luego de tres siglos del orden colonial. El proyecto unificador de principios del siglo XIX presentado por Bolívar, San Martín, Monteagudo, Morazán -entre otros- fue derrotado por el accionar diplomático y militar de las potencias triunfantes (fundamentalmente Gran Bretaña) en alianza con las burguesías comerciales de cada una de las “patrias chicas” del continente. Más allá de la formalidad soberana de las recientes unidades políticas, el nuevo orden implicó la implementación de distintas prácticas políticas, financieras y diplomáticas - incluido el recurso militar - sumadas a formas de dominación sutiles de índole estrictamente cultural. De acuerdo al pensamiento nacional-latinoamericano, a partir de la obra de autores como Jorge Abelardo Ramos<sup>9</sup>, Fermín Chávez y Arturo Jauretche, el papel de la

---

<sup>9</sup> Dice Jorge Abelardo Ramos: “En las naciones coloniales, despojadas del poder político directo y sometidas a las fuerzas de ocupación extranjera, los problemas de la penetración cultural pueden revestir menos importancia para el imperialismo, puesto que sus privilegios económicos están asegurados por la persuasión de la artillería. La formación de una conciencia nacional en ese tipo de países no encuentra obstáculos, sino que, por el contrario, es estimulada por la simple presencia de la potencia extranjera en suelo natal [...] Pero en las semicolonias que gozan de un estatus

cultura en los países semicoloniales a diferencia de las colonias donde el dispositivo de dominación por excelencia lo constituye el ejército de ocupación. La cultura en los países semicoloniales adquiere un carácter político a través de diversos aparatos de colonización pedagógica, tales como la escuela, la prensa, las principales obras literarias y las universidades en tanto usinas de producción y reproducción de saberes funcionales al orden político imperante.

La “balcanización”<sup>10</sup> –en términos de Ramos- del espacio hispánico marcó una diferencia significativa respecto de la América lusitana. Con el traslado de la corte de la reina María I y el príncipe-regente João de Bragança a tierras americanas escoltada por la flota británica, el Brasil fue erigido como su propio centro garantizando su unidad territorial frente a los intereses separatistas de las elites regionales, hecho que marca los cimientos de la singularidad de la identidad nacional brasileña. Para el caso hispanoamericano, el pasado colonial compartido forjó las condiciones para el surgimiento de un sentido de pertenencia americano condensado en la expresión de Bolívar “No somos indios ni europeos sino americanos” (Bolívar,1814), estrechamente amalgamado con los sentimientos de arraigo al terruño o ámbitos locales en una relación de continuidad de imbricación - no de contraposición- con la “patria americana”.

El proyecto unificador antiabsolutista implicaba el cuestionamiento de la sociedad de castas al tiempo que ponía en riesgo las políticas de libre comercio promovidas por los comerciantes y diplomáticos británicos, las burguesías portuarias ligadas al comercio de ultramar, hacendados, dueños de minas y tierras cuyos productos eran requeridos en el exterior. Tanto San Martín como Bolívar interpretaron que no había posibilidad de vencer militarmente al absolutismo sino desplegando la lucha a escala continental. Este proyecto, que ligaba la suerte de la emancipación con el mantenimiento de la unidad continental, fue políticamente derrotado. En este contexto, los grupos dominantes de base portuaria, terrateniente y mercantil bregaron por usufructuar los beneficios que el comercio exterior dominado por Gran Bretaña les posibilitaba una vez abolido el antiguo monopolio español. Este proceso de paulatino desmembramiento, que desanda tres siglos de amalgama política, cultural y productiva del espacio americano, se dio de manera simultánea con la expansión del mercado capitalista mundial con sus centros y periferias. Los estados en América latina son la resultante de la consolidación de regímenes formalmente soberanos de cuño oligárquicos luego de décadas de disputas sociohistóricas territorializadas en estrecho vínculo con los intereses los nuevos centros de poder mundial. Así, el surgimiento de numerosas unidades políticas en América Latina como entidades periféricas y el establecimiento de una nueva división internacional del trabajo aparecen no solo como procesos concomitantes sino también co-constituidos.

De esta manera, América Latina emerge hacia fines del siglo XIX como espacio de condensación de la *periferidad* (Paradiso, 2007/2008), concepto que abarca mucho más

---

político independiente decorado por la ficción jurídica, aquella colonización se revela esencial, pues no dispone de otra fuerza para asegurar la perpetuación del dominio imperialista, y ya es sabido que las ideas, en cierto grado de su evolución, se truecan en fuerza material. De este hecho nace la tremenda importancia de un estudio circunstanciado de la cultura argentina o pseudo argentina, forjada por un signo de dictadura espiritual oligárquica" (Ramos, 1954:11).

<sup>10</sup> Dicho autor establece una analogía del contexto latinoamericano con la situación a inicios del siglo XX de la península Balcánica signada por la mutua hostilidad entre los estados y fuertes divisiones étnicas y culturales.

que la sola subordinación económica del conjunto a los centros mundiales. Evoca una compleja trama de relaciones de poder, construcciones culturales, ideas y sistemas de creencias y significados, de asimilaciones, adaptaciones, rechazos y/o resistencias. Incluye la disposición de nutrirse de expresiones y simbólicas provenientes de un centro como espacio referencial (2007:58). Las relaciones centro- periferia, tanto como la interdependencia económica asimétrica, incluyen aspectos de corte simbólico e ideacional como elementos centrales de la subordinación de las nuevas naciones.

En este marco, la construcción de identidades nacionales durante el siglo XIX se encuentra dramáticamente signada por estas determinaciones históricas. De acuerdo a Netl (en Oszlak, 1982) en su estudio sobre la formación de los estados modernos, la internalización de la identidad nacional –entendida como el control ideológico de la dominación- es un atributo nodal de *estatalidad* que opera en una misma jerarquía respecto de los restantes atributos del modelo propuesto por el autor, a saber: externalización del poder, institucionalización de la autoridad y diferenciación del control. Lo “identitario” no aparece entonces como mero anexo “superestructural” o epifenómeno de los restantes atributos “duros” sino como elemento central en la legitimación y reproducción de la forma estado propia del orden oligárquico. Orden de poder metabolizado, “hecho cuerpo”, a través de la identidad nacional que de él se desprende. Un “hacer cuerpo” que nunca es pasivo o inerte, sino que se encuentra en incesante proceso de apropiación y reapropiación, siempre conflictiva, dentro del campo de disputas de poder. Así, las identidades como expresión orden político que las originó, operan en un nivel ontológico, más allá -y más acá, (más acá en el sentido de la propia intimidad) -de las categorías políticas e institucionales en sentido estricto. El cuerpo, acaso, como el primer territorio<sup>11</sup>.

Desde una perspectiva que resalta la importancia de la espacialidad en los procesos de formación del estado, Ingrid Bolívar (2010) interpela los abordajes de tipo doctrinario–elaborados de acuerdo a la experiencia histórica de Francia y otros países centrales- que tienden a ignorar dos aspectos fundamentales: el fondo de poder social en el que se inscribe la formación del estado y las dimensiones territoriales involucradas en la configuración estatal resituando las categorías tradicionales en el fondo histórico, sociológico y espacial de las relaciones de poder. Según Bolívar (2010), la modernización que supone la formación del estado no ha transformado la estratificación social basada en estamentos de clase. El estado moderno “no arrasa” ni elimina las formas segmentales y faccionales de organización de los grupos humanos en los distintos territorios considerados, puede cristalizarse de variadas maneras al montarse sobre formas de poder social existentes en regiones y localidades, muchas veces reinscribiéndolas. De esta manera, se cuestiona la perspectiva que ve la formación del estado como un proceso de homogeneización de territorios y grupos sociales de arriba hacia abajo y desde un centro a las periferias lo cual impide dar cuenta de las experiencias locales y regionales en juego. El estado – ni ningún otro objeto o “constructo” social- no normatiza la espacialidad “a toque de trompeta”. El planteo

---

<sup>11</sup> Para profundizar el vínculo entre cuerpo-espacio-poder ver Lindon, A. (2009), La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento. *Cuerpos, emociones y sociedad*, 1, 6-20; Lindon, A. (2012), Corporalidades, emociones y espacialidades. Hacia un renovado *betweenness*. *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, 1(33), 698-722 y Castro-Gomez, S. (2014), “Cuerpos racializados. Para una genealogía de la colonialidad del poder en Colombia”. En: H. Cardona y Z. Pedraza (comps.), *Al otro lado del cuerpo. Estudios biopolíticos en América Latina*. Bogotá: Universidad de los Andes, pp. 53-78.

tiene la virtud de no apuntar a un “relativismo o particularismo extremo” de la forma estado porque los atributos de estatidad siguen vigentes en tanto referencia a la totalidad de lo social pero su implantación “en acto”, es decir, en terreno, con toda su densidad histórica cristalizada, adquiere singularidades que no son meros excepcionalismos. Como destaca Pedro Borba (2014), el estudio del estado en América Latina no solo le agrega particularidades a la teoría general, sino que es “en sí mismo” una expresión universal del estado. La forma estado interpela a los espacios tanto como los espacios - en cierto sentido- “negocian”, no desde una noción jurídicista o mercantilista, sino en términos de articulación, amalgama y/o decantación socioterritorial de las políticas estatales desplegadas en el territorio, o bien, ante la ausencia de ellas en el territorio.

La perspectiva territorial permite problematizar aquello que fuera presentado por los enfoques doctrinarios y el funcional-estructuralismo como un movimiento continuo, homogenizante, de carácter normativo de arriba a abajo y desde los centros a las periferias como si la espacialidad involucrada fuera una masa a moldear a antojo de los escultores, en este caso, las elites oligárquicas. Este último supuesto deja afuera del análisis a los sujetos históricos concretos que no pueden pensarse en abstracto, es decir, escindidos del espacio habitado. El concepto de *lugar* -palabra coloquial que es tomada por el campo disciplinario de la geografía como uno de sus conceptos centrales- incluye tanto la posición locacional de un espacio dado, sus geoformas particulares y características ambientales -que promueven o condicionan determinadas prácticas y usos sociales- tanto como una *estructura de sentimientos* (Agnew, 1987) ligada a los sentidos de pertenencia asociados. El movimiento entonces es bidireccional y signado por la heterogeneidad propia del real-geográfico antes que una dinámica unívoca y homogénea. El planteo aquí presentado incorpora junto con la complejidad sociológica de las relaciones de poder involucradas en la formación de unidades políticas la dimensión territorial, pero desde una concepción que incluye la dimensión antropológica -y hasta fenomenológica- del espacio en tanto involucra la subjetividades, imaginarios y sentidos de pertenencia.

Desde la mirada aquí esbozada “Argentina” por caso, “Uruguay” o cualquier otro país latinoamericano son algo más que una idea, representación o mero constructo del orden oligárquico. También son representados algo más que la mera sumatoria de recursos institucionales, económicos, culturales y naturales. *Son*, ontológicamente hablando, porque *están*. Esto es, se encuentran internalizadas, reapropiadas y reactualizadas en el día a día de las ciudadanías de a pie. Para el caso argentino, “la identidad nacional” de matriz iluminista basada en la dicotomía “civilización y barbarie”<sup>12</sup>, equivalente al *Ordem e Progresso* brasileño, constituyó la base de la autodenigración nacional. Dicha matriz fue ampliamente difundida por el sistema educativo que comenzó a institucionalizarse desde mediados del siglo XIX, construyendo un universo de valores y creencias fundado en el racionalismo europeo que incluía el desprecio por lo propio, lo mestizo, lo indígena, de la cultura autóctona y nativista. Se extendió a través de diversos mecanismos socio-institucionales - principalmente la escuela- un relato histórico que invisibilizó el pasado (vividamente presente) indígena y mestizo-criollo. Dicho relato escenificó una Argentina “blanca” y “europeizada” como una entidad

---

<sup>12</sup> La expresión se corresponde al subtítulo del libro *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas* escrito, en 1845, por Domingo Faustino Sarmiento. Es considerado uno de los mayores exponentes de la literatura hispanoamericana. Sarmiento presenta a la figura de Facundo Quiroga, notable caudillo federal del norte argentino amado por las masas populares, como un “personaje demoníaco”, síntesis de los males nacionales.

geográfica esencialista, prepolítica y, en buena medida, “autoengedrada”. Una “nación” escindida ontológicamente de la región de la que surge y es parte constitutiva.

Este es el paradigma sarmientino que configuró la Argentina moderna desde fines del siglo XIX pero que se reactualiza incesantemente en los modos de percibir la realidad por parte de los amplios sectores sociales imbuidos de la cultura urbana y ciudadana. Un modo de percibir que obliga a renegar -incluso- de la propia genealogía familiar. Tal como afirma Fermín Chávez para el caso de Argentina: “...*el Iluminismo* [se caracterizó por] *su carga de ahistoricismo, su propósito de hacer tabla rasa con el pasado e iluminar al mundo americano por la fuerza de la razón...*” (Chávez, 2012: 188). Continúa diciendo: “...*se habla de un ‘lavado de cerebros’ o, certeramente, de una ‘colonización pedagógica’...*” (Chávez, 2012: 188). Este fenómeno fue entonces fundamental para comprender el divorcio entre el “ser argentino” y el “ser latinoamericano”.

Ahora bien, ¿puede la institución Estado forjar algo para lo cual no está históricamente concebido? ¿Puede ocuparse de “inventar” una nueva lealtad y pertenencia más allá de sus fronteras? El punto es que no existe algo parecido a un “estado-región” equivalente al estado-nación con fuerza heurística legitimante o , en términos de Methol Ferré (2009), *estado continental*, capaz de moldear el pilar identitario a escala regional - atributo constitutivo de la forma estado- de la misma manera que los arreglos institucionales surgidos de los proyectos de integración tampoco son capaces configurar una legitimidad efectiva - no formal- que la sostenga, tal como lo evidencia la Unión Europea y su *crisis existencial* (Sanahuja, 2012). Es elocuente como aquel constructo que nos fuera presentado a los latinoamericano/as como paradigma a seguir manifiesta una profunda brecha entre las ciudadanías europeas y toda parafernalia tecnocrática de Bruselas. No solo la política continua allí estructurada a nivel nacional sino también los sentidos de pertenencia permanecen arraigados en ese nivel a pesar de los profusos intercambios laborales y educativos promovidos por políticas activas de la UE.

Desde el enfoque normativo tradicional pareciera que estamos en un atolladero. Entre otras cosas porque ese “salto de escala” no refiere a una mera cuestión de proporcionalidad, sino que involucra una constelación de complejidades socioterritoriales y sedimentaciones culturales e identitarias que bregan tanto por ratificar las formaciones territoriales heredadas - o incluso desustanciarlas sin que nada las sustituya- tanto como las luchas por su reconfiguración y/o reapropiación.

Para explorar otra matriz acerca de América Latina es preciso recurrir al vasto campo del pensamiento nacional- latinoamericano<sup>13</sup> en sus múltiples expresiones, desarrolladas por fuera de los ámbitos académicos tradicionales en tanto la Universidad constituye, de acuerdo a esta perspectiva, un dispositivo por excelencia de la colonización cultural y pedagógica. Esta vertiente de pensamiento - de fuerte gravitación en escenario político y

---

<sup>13</sup> Por citar algunos trabajos fundamentales de esta vertiente de pensamiento, Creación de la pedagogía nacional (1944) de *Franz Tamayo*, El porvenir de América Latina (1910) de *Manuel Ugarte*, La utopía de América (1925) de *Pedro Henríquez Ureña*, Por la emancipación de América Latina (1927) de Víctor Raúl Haya de la Torre, 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana (1928) de *José Carlos Mariátegui*, En torno a una filosofía americana (1942) de *Leopoldo Zea* y obras de otro/as autore/as de diferentes tradiciones tales como *Arturo Jauretche*, *Fermín Chávez*, *Juan José Hernández Arregui*, *Jorge Abelardo Ramos*, *Alberto Methol Ferré*, *Alcira Argumedo*, *Ana Jaramillo*, *Norberto Galasso*, *Rodolfo Kusch* y *Amelia Podetti*, entre otros tantos.

cultural argentino- abordó la cuestión de la unidad fundante y su posterior desmembramiento que fuera sistemáticamente eludida por el sistema educativo formal en todos sus niveles al verse encorsetado en el “nacionalismo metodológico de patria chica”. Se trata de requisitos de método presentes en el campo de las humanidades y ciencias sociales que en la práctica tienden a legitimar y naturalizar las premisas neocoloniales implícitas en ese modo de regionalizar nuestro continente.

Desde la mirada del pensamiento nacional y latinoamericano, América Latina es una nación desmembrada (Ramos, 2011), resultante del proceso político del siglo XIX. La tarea de efectiva reafirmación soberana se encuentra íntimamente ligada a la posibilidad de conformar lo que Methol Ferré (2009) llama un *Estado continental*, a partir del núcleo básico de aglutinación conformado entre el polo lusitano e hispanoamericano de Argentina y Brasil (Ferré, 2009). El vasto legado de la unidad continental latinoamericana cristalizado en el ensayo político y cultural aporta elementos decisivos para pensar en términos de una geopolítica ampliada que conciba *al mundo desde acá*. Muy particularmente la obra de Manuel Ugarte (1875-1951) quien propone tempranamente un “salto de escala” en la imaginación territorial y en los sentidos de nacionalidad a escala continental o de *Patria grande*, en el mismo momento en que comenzaban a consolidarse las identidades de “patria chica”. Manuel Ugarte promovió activamente una educación cívica para “pensar y sentir en nacional”, entendiendo nacional como expresión de lo latinoamericano (Ugarte, 2014). Es el primero de nuestros pensadores en advertir acerca de la necesidad de forjar un nacionalismo a escala latinoamericana como forma de defensa efectiva de nuestras soberanías culturales, políticas y territoriales frente al emergente poder norteamericano que cierra el ciclo de la hegemonía europea en el continente.

Manuel Ugarte fue un protagonista central de la llamada generación del 900 y fue pionero en los estudios vinculados a la unidad latinoamericana a partir del horizonte de la Patria Grande. Luego de un atento análisis de la historia regional sostuvo:

A todos estos países no los separa ningún antagonismo fundamental. Nuestro territorio fraccionado presenta, a pesar de todo, más unidad que muchas naciones de Europa. Entre las dos repúblicas más opuestas de la América Latina, hay menos diferencia y menos hostilidad que entre dos provincias de España o dos estados de Austria. Nuestras divisiones son puramente políticas y, por tanto, convencionales. Los antagonismos, si los hay, datan apenas de algunos años y más que entre los pueblos, son entre los gobiernos. De modo que no habría obstáculo serio para la fraternidad y la coordinación de países que marchan por el mismo camino hacia el mismo ideal. Sólo los Estados Unidos del Sur pueden contrabalancear en fuerza a los del Norte. Y esa unificación no es un sueño imposible (Diario el País, 9/11/1901).

Aporta, además, en su conceptualización de *Patria Grande*, novedosamente para la época, incluía a Brasil. En palabras del autor:

... Si admitiéramos en el orden internacional el sacrificio del pequeño al grande o la opresión del débil por el más fuerte, justificaríamos en el orden interno la tiranía de los poderosos sobre los desamparados y proclamaríamos el triunfo de la fuerza y del egoísmo ancestral. Todo nuestro esfuerzo tiene que tender a suscitar una

nacionalidad completa y a rehacer en cierto modo, respetando todas las autonomías, el inmenso imperio que España y Portugal fundaron en el Nuevo Mundo. (...) Hemos vivido de reflejo durante muchos años y es hora de que saquemos de nuestra entraña una doctrina, una concepción continental que responda, no a la quimera de lo que imaginamos ser, sino a la realidad de lo que somos. Sólo se llega al porvenir pasando por el presente, y no basta tener los ojos fijos en el sol: es necesario mirar las piedras donde posamos el pie (Ugarte, 1960: 153-154).

Ugarte consideraba que la existencia de la Patria Grande se fundaba en diversos factores. Por un lado, se constituía como bloque en oposición a otro territorio del continente: la América anglosajona. Identificaba la existencia de diferencias originadas desde el momento de la colonización que habían configurado dos civilizaciones distintas. Además, identificó el problema geopolítico central que atravesaba América Latina. La acción expansionista norteamericana motorizada por su “destino manifiesto” y tempranamente desplegada a partir de la Doctrina Monroe (1823). A partir de la obra de Ugarte, el espacio americano es incorporado en los imaginarios geográficos también como parte de un proyecto ético-político e identitario bajo nuevas cartografías simbólicas (Maíz, 2001).

#### 4. Aportes para el relanzamiento de la unidad continental

La recuperación de la obra de Manuel Ugarte habilita repensar la actual realidad latinoamericana a inicios del siglo XXI. Al igual que en tiempos de Ugarte, vivimos en un contexto de dramática reconfiguración del orden mundial ahora con la emergencia de un bloque de poder conformado por China y Rusia que pone en cuestión la hegemonía norteamericana en el comando del capitalismo global. Contexto en que EEUU, no obstante o, más bien por causa de ello, se repositona ferozmente en su “patio trasero”. Estamos en presencia de una nueva correntada de poderes mundiales que remueven sedimentaciones simbólicas e identitarias al interior de las estructuras espaciales. Ninguno de los desafíos que atraviesa nuestra región -incluida la actual pandemia del COVID 19- pueden ser abordados políticamente desde la soledad de nuestras patrias chicas. Exigen respuestas continentales. Aun Brasil, con todo, es débil frente a las determinaciones del poder mundial. Los desafíos e incertidumbres - así como también las oportunidades que se abren- exigen respuestas continentales.

Desde el planteo hasta aquí desarrollado, permanece aún latente una potencial capa de pertenencia territorial a escala latinoamericana. Una entidad discursiva, *Latinoamérica* que, hasta el momento, se manifiesta en un registro polisémico de tipo geográfico-descriptivo, turístico, literario, folclórico, o bien, ético-político, ideológico o geocultural pero que -en todos los casos- no termina de arraigar en un suelo identitario. América Latina parece más bien pivotar en una incesante apuesta liminar por constituirse como lugar de pertenencia siempre inconcluso. “Nem vá nem fica, fica sempre em estado de poesia”, como dice la canción del músico Chico César.

El relanzamiento del sentido de pertenencia latinoamericana bajo nuevas coordenadas aparece como ámbito “inédito” de la acción política emancipatoria en un contexto en el que el orden globalitario -siguiendo a Jorge Alemán (2016)- disputa no solo las esferas

de la economía y la política sino el propio campo del sentido, de la representación y de la producción de subjetividad. El orden globalizador aparece como una fenomenal fábrica de subjetividad que visa formatear las “capas tectónicas” de nuestra intimidad, constitutivas del propio sujeto, en un nivel ya no solo ideológico, sino ontológico, ligado al ser y al estar. Los propios sujetos somos capturados en la lógica de reproducción del poder de las corporaciones, los medios de comunicación y las redes tecno-digitales que han tomado el botín más valioso como nunca antes, el mundo de la subjetividad y sus sentidos. De acuerdo a Alemán (2016), el neoliberalismo es la primera formación histórica que trata de tocar la propia constitución del sujeto, tocar su núcleo ontológico. Un escalón más allá de la llamada hegemonía política y cultural. Como decía Margareth Thatcher “nuestro método es el mercado nuestro objetivo el alma”<sup>14</sup>.

El relanzamiento de la nacionalidad a partir del redescubrimiento de nuestra propia americanidad fundante en tanto instancia vital que nos permite "respirar juntos" ante los peligros en ciernes. En este marco de ideas, América Latina no es estrictamente un lugar sino un *entrelugar* (Antelo, 2014) que aparece ante nuestras “patrias chicas desvencijadas” como posibilidad de un espacio existencial que nos permita “tomar aire” frente al tsunami de la globalización financierista en plena transfiguración<sup>15</sup>.

El reconocimiento (o redescubrimiento) de la pertenencia (latino)americana no niega o anula la multiplicidad de las identidades de nuestra región<sup>16</sup>. Tal como sintetiza Rodolfo Puiggrós: “América Latina es una y múltiple” (Puiggrós, 1964: 26). La “identidad” no es un bloque monolítico ni homogéneo. Dicha noción restringida y sesgada histórica y filosóficamente, proviene de los parámetros del nacionalismo liberal del siglo XIX y no se corresponde con el real-geográfico latinoamericano, ontológicamente signado por lo multígeno y el mestizaje.

Vivimos en la actualidad en un horizonte de multipertenencia donde existen múltiples territorialidades yuxtapuestas (Haesbaert, 2014). No se trata entonces de negar las múltiples identidades sedimentadas: nacionales, étnicas y de clase territoriales o de género. Tampoco de complementar nuestras identidades nacionales con una eventual y abstracta “identidad latinoamericana” de carácter endogámico o solipsista y, mucho menos, reemplazarla por otra; sino resignificar y reapropiar (nos) de las premisas fundantes de nuestra pertenencia *realmente existente* bajo nuevas coordenadas. No se trata de adosar nada nuevo sino de – al modo ugartiano- reconocer y abrazar los pilares constitutivos de nuestra propia formación, que es (multi)territorial y personal a la vez (vivimos incesantemente habitados por soledades y multitudes) y que es inescindible de

---

<sup>14</sup> <https://www.telam.com.ar/notas/201410/81619-el-neoliberalismo-gobierna-a-traves-de-la-competencia-que-crea.html>

<sup>15</sup> Para indagar el proceso en términos de desglobalización ver Bello (2001); Jalife Rahme (2007); Rapoport (2016).

<sup>16</sup> Luis Vitale (1992), historiador chileno, reflexiona sobre este problema y afirma que: “(...) no sólo hay una identidad de clase y de etnia oprimida sino también una identidad de país oprimido, y por extensión, de subcontinente subyugado. En América Latina se da, entonces, una identidad de clase y de etnia, y una identidad de subcontinente oprimido, que acelera la toma de conciencia tanto nacional-antiimperialista como anticapitalista. La conciencia colectiva de identidad rebasa, pues, el marco de las psicologías y ontologías del ser nacional, pues lo que une a los pueblos latinoamericanos es su situación opresión social y política” (1992: 29).



la región desde la cual surgimos, somos parte, nos atraviesa y constituye, queramos o no, desde el horizonte del *nosotros estamos*.

No hay otra forma de ser latinoamericano/a sino siendo lo que ya somos o venimos siendo. Somos latinoamericano/as porque somos argentino/as, brasileño/as, paraguayo/as, etc. y somos argentino/as, brasileño/as, paraguayo/as, etc. porque somos latinoamericano/as. No hay contradicción u oposición entre la singularidad de las identidades nacionales reapropiadas y la multiplicidad del paisaje (latino)americano que les da existencia óptica y viceversa. Lo (latino)americano como aquello que permite reconocernos, autoafirmarnos y en un futuro, quizás, autorrealizarnos.

El desafío nodal para la acción política autonómica regional bajo nuevas coordenadas radicaría en dilucidar el modo de pasar del reconocimiento -e incluso la celebración- del vasto caleidoscopio cultural latinoamericano (he aquí el límite del constructivismo) al relanzamiento de sentidos de pertenencia compartidos. Desde este horizonte epistémico y ético-político puede desprenderse en el nivel programático un conjunto de políticas mancomunadas de cuño *territorialista* ante un eventual relanzamiento de la integración latinoamericana. Políticas territorializadas que aborden puntos críticos de *encuentro* (que en su etimología no está exenta de conflictividad latente en el sentido de “en contra”) entre lo nacional y lo latinoamericano en espacios vitales de integración efectiva - no retórica-, aquella que transcurre en el día a día “sin pedirle permiso a nadie”. Espacios de intercambios materiales y simbólicos realmente existentes que – en acto – atraviesan a diario los límites jurisdiccionales nacionales. De aquí podría desprenderse un programa de intervención de políticas en: las dinámicas de frontera, las comunidades migrantes, las genealogías familiares (en términos de visibilización y legitimación de la presencia de lo mestizo/transfronterizo al interior de los grupos familiares), las prácticas culturales compartidas, el turismo intrarregional, entre otros, sumados al apoyo y consolidación de redes societales regionales (sindicales, académicas, productivas, culturales, comunicacionales) y -fundamentalmente- al sistema educativo, en todos sus niveles, en términos de resignificación de América latina en las currículas mas allá de la sola referencia contextual de tipo geográfico o cultural en sentido restringido.

## 5. El Atlas histórico de América Latina y el Caribe y la Plataforma de contenidos del Centro Ugarte

A continuación, presentamos dos herramientas multimediales elaboradas por el CEIL-UNLa destinadas a audiencias ampliadas, aunque con énfasis en el ámbito educativo y cultural, desde el enfoque epistémico desarrollado.

En 1986, Leopoldo Zea sostenía que ante la heterogeneidad de la cultura latinoamericana que rebasa las divisiones geopolíticas era necesario elaborar un atlas etnocultural de América Latina y el Caribe, diferente a los levantamientos cartográficos de tipo físico y político en el marco de una amplia reflexión culturoológica (Zea, 1988). Desde este horizonte, la UNLa emprendió la tarea de elaborar una herramienta de intervención, el *Atlas Histórico de América Latina y el Caribe. Aportes para la*

*descolonización cultural y pedagógica*<sup>17</sup> con el fin de aportar al relanzamiento de la “otra integración” fundada en las prácticas vitales de nuestros pueblos y sus luchas por la justicia social, la soberanía política y cultural y la emancipación nacional, inescindibles del horizonte de unidad continental, aún pendiente de realización.

Tal como denunciaba José Martí<sup>18</sup>, la enseñanza de la historia aún sigue siendo eurocéntrica y los contenidos y materiales de lectura, escritos -en la mayoría de los casos- desde una matriz que refuerza y cristaliza la histórica fragmentación territorial como hecho ineluctable. En este sentido, en el prólogo de la obra, su directora Ana Jaramillo sostiene: “*Hace tiempo que comenzaron a realizarse atlas históricos mundiales o particulares, de regiones, de culturas o de diversas actividades del hombre. Sin embargo, pocos han realizado el esfuerzo también titánico de hacer un Atlas histórico de nuestro continente, que nos muestre desde acá’ el acaecer histórico territorializado de Nuestra América, sus pueblos originarios o su cultura, su economía y su política, la conquista y colonización sufrida, su voluntad de integración y sus luchas de liberación. Por otra parte, América Latina aparece en los atlas universales como un remoto y desconocido pequeño espacio del fin del mundo. Mientras la tierra gira, las naciones poderosas pretenden mantener invariable su hegemonía. Sin embargo, consideramos que esa historia es posible de revertir*”<sup>19</sup>.

Por su parte, la *Plataforma de contenidos de Nuestra América*<sup>20</sup> –presentada en 2018- es una herramienta multimedial que apunta a asumir el desafío de estrechar la vinculación entre las instancias de producción y circulación de conocimientos y el conjunto de legados históricos, políticos, geoculturales e identitarios que cimientan las singularidades de los países de Nuestra América. En la plataforma confluyen, de manera dinámica y visualmente atractiva, buena parte de las producciones del CEIL y el Observatorio Malvinas de la UNLa organizadas en diferentes secciones –o microsítios-. Entre ellas, *País x País* donde conocer los momentos fundamentales de la historia, la cultura, la economía, la política y las creaciones que caracterizan a cada uno de nuestros países; la sección *Geohistoria* que aborda los espacios críticos de nuestra región en clave histórica y geopolítica y la sección *Pensamientos Latinoamericanos* que incluye las obras de diversos autores/as de la región. La sección *Malvinas*, donde se alojan las producciones del Observatorio referidas a la causa Malvinas. El conflicto por las islas evidencia el colonialismo todavía vigente y es símbolo compartido de solidaridad por parte de todos los pueblos que padecen las variadas y renovadas formas de sujeción de poderes imperiales. Durante los acontecimientos de 1982, la causa Malvinas desbordó los límites jurisdiccionales de las “patrias chicas” y se expandió por toda América

---

<sup>17</sup> Disponible en <http://atlaslatinoamericano.unla.edu.ar/>

<sup>18</sup> Sostenía en un artículo publicado en *La Revista Ilustrada* de Nueva York, Estados Unidos, el 10 de enero de 1891, y en *El Partido Liberal*, México, el 30 de enero de 1891: “La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas” (Martí, 2010: 135).

<sup>19</sup> <http://atlaslatinoamericano.unla.edu.ar/presentacion.php>

<sup>20</sup> Disponible en: <http://centrouarte.unla.edu.ar/>

Latina. Por último, el portal incluye la revista digital *Allá Ité. Cultura y territorio en América* busca dar cuenta de la riqueza de la diversidad cultural latinoamericana en sus diferentes expresiones: artículos sobre cine, teatro, artes plásticas, música, historia, geopolítica conviven con artículos de análisis de la coyuntura regional.

En síntesis, ambos proyectos –el Atlas latinoamericano y la Plataforma de contenidos de Nuestra América - expresan la búsqueda incesante de promover el conocimiento y la problematización de los esfuerzos de integración a través del cruce de múltiples abordajes y enfoques. Para ello, dichas herramientas incluyen una reapropiación contemporánea de la historia y la geografía latinoamericana en toda su extraordinaria constelación de mestizajes, paisajes, saberes, luchas y cosmovisiones que nos atraviesan y constituyen. Con el convencimiento que la recuperación de la unidad fundante no puede entenderse como un imposible retorno al pasado sino como *relanzamiento* de la potencia vital y creativa de los pueblos mancomunados.

## Bibliografía consultada

Agnew, J. (1987). *Place and Politics. The Geographical Mediation of State and Society*. Boston. Allen & Unwin.

Alemán, J.(2016). *Horizontes neoliberales en la subjetividad*. Olivos: Grama ediciones.

Ansaldi,W.-Giordano,V. (2012). Presupuestos teóricos-metodológicos para el análisis socio-histórico del proceso de formación de los estados latinoamericanos. *Revista Estudios del ISHiR-CONICET*, Argentina. Disponible en: <http://www.revista.ishir-conicet.gov.ar/index.php/revistaISHIR>| Año 2, Número. 4, 2012.

Antelo R. (2014). *Imágenes de América Latina*. Saenz Peña: Eduntref.

Bello, Walden (2001). *Praga 2000: hacia un mundo desglobalizado*. En *Resistencias mundiales (De Seattle a Porto Alegre)* CLACSO, Buenos Aires.

Bolívar, I. (2010). *Formación del Estado y biografía de las categorías*, en *Revista Nómadas*, nro. 23, Bogotá, pp. 93-107.

Borba P. (2014) *Sociología histórica como teoría política: a formação dos estados modernos na Europa e na América Latina*. Tesis de Maestría de Programa de Pós-graduação em Ciência Política do Instituto de Estudos Sociais e Políticos da Universidade do Estado do Rio de Janeiro - IESP/UERJ. Rio de Janeiro.

Bourdieu, Pierre (1999b). *Sobre el poder simbólico*. En *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba, 1977.

Chavez F. (2012). *Epistemología para la periferia*. Jaramillo, Ana (Comp.) *Remedios de Escalada*: Ediciones de la UNLa.

Dufour, E.; Espasande , M. (2020) *Descolonización cultural para la integración*. El aporte de la obra de Manuel Ugarte para el relanzamiento del nosotros latinoamericano.

En: América Latina, olhares e perspectivas, Volume II. Paulo Renato da Silva, Wolney Roberto Carvalho, Luciano Wexell Severo (Orgs.). EDUNILA (En prensa).

Ferré Methol, A. (2009). Los Estados continentales y el Mercosur. Montevideo: Casa Editorial HUM.

Ferreira, M. (2006) Ser y parecer Balance de la iniciativa Somos Mercosur. Serie Análisis y Propuestas, Fundación Friedrich Ebert Stiftung.

García Delgado, D. (2004) En introducción de “El desarrollo en el contexto posneoliberal” Ed. Ciccus-Flacso, Bs As.

Galasso, N. (2012) Manuel Ugarte y la unidad latinoamericana. Buenos Aires, Ediciones Colihue.

Grimson A. (2005). Fronteras, estados e identificaciones en el Cono sur. En Cultura, política y sociedad Perspectivas latinoamericanas (antología) Daniel Mato (comp.) Colección Grupos de Trabajo. Buenos Aires CLACSO.

Grimson, Alejandro (2011). Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad. Buenos Aires. Siglo XXI Ed.

Haesbaert, R. (2014). Vivir no Limite. Território e multi/transterritorialidades em tempos de in-segurança e contenção. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.

Herrera F. (1967), Nacionalismo latinoamericano, Santiago de Chile. Universitaria.

Jalife-Rahme, A. (2007). Hacia la desglobalización. Editorial Jorale / Orfila. México.

Jaramillo, A. (2008). Universidad y proyecto nacional. Lanús: Edunla.

Jauretche, A. (1968) Manual de Zonceras Argentinas. Peña Lillo editor, Buenos Aires

Kusch, R. (1976). Geocultura del hombre americano. Fernando García Cambeiro Ed. Bs.As.

Lindon A. –Hiernaux, D. (2012). Geografías de lo imaginario. Barcelona : Anthropos Editorial ; México : Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa. Div. Ciencias Sociales y Humanidades.

Litorales (2002). Editorial N° 0. En *Revista Litorales* Revista Electrónica de Ciencias Sociales y Geografía, 2002. Disponible en <http://litorales.filo.uba.ar/web-litorales/numero0.htm>

Maíz, C. (2001). Nuevas cartografías simbólicas. Espacio identidad y crisis en la ensayística de Manuel Ugarte. En *Revista de Literaturas Modernas*, n° 31, Año 2001, F.F.y L., Mendoza, Argentina. Disponible en: [https://bdigital.uncu.edu.ar/objetos\\_digitales/5057/maizliteraturasmodernas31.pdf](https://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/5057/maizliteraturasmodernas31.pdf)

Martí, J. (2010), "Nuestra América" en OSAL, Estado, cooperación e integración en América Latina. Buenos Aires, CLACSO, Año XI, abril de 2010. p. 135. disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal27/14Marti.pdf>.

Martin, A. (1993) Qual é o nosso "bloco"? O Brasil procura o seu lugar no mundo. Scarlato, F.; Santos, M.; Souza, M. A.; Arroyo, M. (Orgs.). Globalização e espaço latino-americano. São Paulo: Editora Hucitec.

Oszlak, O. (1982) Reflexiones sobre la formación del estado y la construcción de la sociedad argentina. Desarrollo Económico Revista de Ciencias Sociales, Vol. XXI, 1982, Enero-Marzo: Buenos Aires, Argentina.

Paradiso, José (2007). Europeísmo-Eurocentrismo. Revista Puente @ Europa - Año V - Número 3/4 – Nov. 2007 [www.ba.unibo.it/NR/...97F1.../PuenteEuropaN34A5Paradiso\\_es.pdf](http://www.ba.unibo.it/NR/...97F1.../PuenteEuropaN34A5Paradiso_es.pdf)

Paradiso, José (2008). Orígenes y vigencia del concepto centro-periferia. Diálogo entre Giorgio Alberti, Arturo O'Connell y José Paradiso. Revista Puente @ Europa - Año VI. Número especial, (page, 18). Dic. 2008. [www.ba.unibo.it/NR/ronlyres/.../PuenteEuropaEspA6Dialogo.pdf](http://www.ba.unibo.it/NR/ronlyres/.../PuenteEuropaEspA6Dialogo.pdf)

Puiggrós, R. (1964). Integración de América Latina. Factores ideológicos y políticos. Buenos Aires, Jorge Álvarez editor.

Ramos. A. (2011) Historia de La Nación Latinoamericana. Peña Lillo- Editorial Continente.

Ramos. A. (2012) Revolución y Contrarrevolución en la Argentina. Editorial Continente.

Rapoport, M. (2016) El mundo enfrenta una desglobalización como en la crisis del 30 (13-12-16). En Sputniksnews. Disponible en: [https://mundo.sputniknews.com/radio\\_voces\\_del\\_mundo/201612131065526084-Mario-Rapoport-Trump-desglobalizacin/](https://mundo.sputniknews.com/radio_voces_del_mundo/201612131065526084-Mario-Rapoport-Trump-desglobalizacin/)

Sanahuja, José Antonio (2012). Las cuatro crisis de la Unión Europea. En Manuela Mesa (coord.) Cambio de ciclo: crisis, resistencias y respuestas globales. Anuario 2012-2013. CEIPAZ-Fundación Cultura de Paz, Madrid.

Santos, M. (1994). O Retorno do Território, en Milton Santos, Maria Adélia A. de Souza y María Laura Silveira, coords., Território: Globalização e Fragmentação, pp.15-20, São Paulo, Hucitec-ANPUR.

Santos, M. (1996). A natureza do espaço. Técnica e tempo, razão e emoção, São Paulo, Hucitec.

Ugarte M. (1953) El porvenir de América Latina. Editorial Indoamérica, Buenos Aires, 1910.

Ugarte M. (1960) La Patria Grande. Ediciones Coyocán, 2da edición. Buenos Aires, 1924.

Ugarte M. (1962) El destino de un continente. Ediciones de la Patria Grande, 2da edición Buenos Aires, 1923.

Vázquez, M. (2008). En Los escenarios de participación social en el Mercosur . En Grace Jaramillo (comp.) Los nuevos enfoques de la integración: más allá del nuevo regionalismo. FLACSO, Ecuador.

Vázquez, M. (2009) La integración regional en América Latina desde las prácticas nacionales: hacia la identificación de ámbitos de avance en la integración latinoamericana. Capítulo Mercosur. Estudio ELARE-CLAEH.

Vitale, L. (1992). Introducción a una teoría de la historia de América Latina. Buenos Aires, Editorial Planeta.

Weber, M (2002). Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva. FCE, Madrid, 1922.

Zea, L. (1988). ¿Por qué América Latina? México, UNAM, 1988